

## Clima Hidalguense

# Arbitrariedad en Tula

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

**P**OR antidemocrático, el proceso de elección de gobernadores produce, con frecuencia, aberraciones políticas. Mito en muchas de sus formas, el federalismo se vuelve realidad si se trata de que prevalezca el poder regional de un señor estatal, Sancho en la insula Barataria. Las páginas de la picaresca política, en el mejor de los casos, o de la tragedia nacional, en el peor, están llenas con los nombres de gobernadores rapaces o atrabiliarios.

El Estado de Hidalgo ha tenido el infortunio de padecer gobernantes que, desde los cuarentas, han sido, cuando bien ha ido a sus habitantes, ineficaces. Pero lo que pasa en la actualidad excede, con mucho, a cuanto habían sufrido los ciudadanos de esa entidad.

Ardua tarea sería formar el catálogo completo de las arbitrariedades cometidas por funcionarios de la presente administración estatal. La seguridad personal de los hidalguenses, consagrada en la Constitución federal y en la local sólo allí se la puede encontrar, pues ha desaparecido de la realidad.

A cada paso, por dondequiera que se vaya en Hidalgo, es posible conocer a una víctima de la ferocidad policiaca, capítulo en el que se condensan toda suerte de actos ilegales perpetrados por funcionarios que, por serlo, no sólo disfrutan impunidad, sino que aun se glorian de ella.

En estas páginas hemos dejado constancia de cómo la Procuraduría de Justicia la vulnera, en vez de buscarla. Y lo hemos reiterado porque en ese punto se advierte con mayor claridad que en ningún otro cómo la arbitrariedad es el clima social en Hidalgo.

★

**A** las atrocidades y detenciones ilegales cometidas en Pueblo Nuevo, en Pacula, en Tulancingo, para no mencionar sino las instancias más conocidas, aquellas tan evidentes que no admiten la refutación de que son citadas por mala fe, se agrega ahora la represión en Tula. El caso es sintomático de varios fenómenos que se aprecian en la entidad hidalguense.

El martes pasado una pequeña multitud recorrió las calles de la antigua sede tolteca para protestar por la ineficacia policiaca ante una ola de crímenes que asuela la ciudad. Se llegó a pedir la renuncia del alcalde, dependiente político del gobernador de la entidad. El viernes siguiente, se efectuó una nueva manifestación popular, realizada para conocer las respuestas del munícipe.

Su contestación única fue la represión. Llegados de Pachuca los bien conocidos agentes de la Policía Judicial y de la uniformada —que suelen sustituir en sus funciones a la policía municipal, en flagrante violación a la ley— golpearon y arrestaron a muchos manifestantes. Algunos de ellos están detenidos todavía en la capital del estado. Los que pudieron salir libres han hecho estrujantes narraciones sobre los vejámenes que se les infirieron.

Hay tal falta de politización en Hidalgo que, no obstante la gravedad de actos de esta naturaleza, no hay movimientos de opinión pública que los denuncie y demande su terminación. Pero eso no obsta para que el país conozca la forma en que allí se gobierna.

Si el derecho se aplicara, si no fuese tan a menudo sólo ocasión de efluvios verbales, el Senado de la República tendría que declarar que, en Hidalgo, han desaparecido los poderes, pues han abandonado su base de legalidad.

## Violencia Verbal

# Agresiones Inmovilistas

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

**L**A justa indignación pública provocada por secuestros y asesinatos ha impedido que se dé atención suficiente a la violencia verbal que, como una de las formas del contragolpe, completa la tarea antidemocrática del terrorismo.

Ya el Episcopado mexicano se ocupó de este género de agresiones. Pero las condenó en general, sin ubicarlas en el contexto político inmediato, concreto, en que se producen. Y si es cierto que hay una violencia verbal contestataria, contra la cual seguramente se dirigió la fulminación de los prelados, también lo es que la más riesgosa es la violencia inmovilista.

Las agresiones verbales conservadoras, que persiguen tres propósitos, se manifiestan por dos caminos. Estos son: algunos órganos periodísticos y ciertos programas de televisión, que ya no tienen embozo alguno para sus expresiones fascistas; y, sobre todo, los panfletos anónimos.

El ocultamiento de los autores de este instrumento de agresión política no es casual. Es propio que a mentalidades cobardes ante el cambio social, corresponda la falta de valentía de mostrarse en esa condición abiertamente. Por eso proliferan, particularmente por la vía postal los pasquines sin firma, o signados por falsos nombres.

Se incurre en gastos enormes al practicarse el envío de estos panfletos. Hasta se han editado libros enteros, o folletos de presentación física decorosa —decoro que, por supuesto, se agota en la mera presentación física— destinados a ofender no sólo a quienes son tomados como blanco de la calumnia o la injuria, sino también a los lectores, tomados sin prevención alguna contra tales ataques verbales.



**S**ON tres los objetivos que claramente se propone la violencia verbal del inmovilismo. En primer lugar, desprestigiar a quienes, desde distintos miradores, contemplan la posibilidad de una vida social menos inicua y trabajan para lograrlo. Mediante la invención de las mentiras más absurdas, la aplicación de los epítetos más gruesos, la obtención de inferencias sin base alguna, buscan deformar la imagen de quienes no se avienen a que la sociedad en que vivimos obre a manera de trapiche con los mejores valores del hombre.

El segundo objetivo es promover la cacería de brujas. Se asegura que los "verdaderos culpables" del terrorismo que en los últimos meses ha cobrado varias víctimas son los "promotores del cambio de estructuras". Con ello aluden a quienes desde los pocos medios de comunicación en que es posible hacerlo, desde algunas cátedras, desde unos pocos púlpitos, pugnan porque la nación adquiera conciencia de sus miserias y escoja los mejores caminos para erradicarlas. Entre esos mejores caminos no está la violencia. Quienes aspiran racionalmente a una comunidad que no se finque en la injusticia, saben bien que sólo cuando tiene amplio sustento popular la violencia ha sido motor de la historia. Están lejos de propiciarla. Y si se les quiere relacionar con delinquentes, presentar como agentes de la subversión es sólo para ocultar que sus acusadores son agentes y beneficiarios de la iniquidad.

Finalmente, el tercer objetivo de la violencia verbal conservadora es el golpismo. Ya circula por las estafetas más de un panfleto donde se hacen sugeridores paralelos con la situación chilena. En este punto, el peligro real que tales anónimos pueden suscitar es remoto. Pero ilustran con claridad cuáles son los ilegítimos medios que se utilizan en nombre de una pretendida legitimidad.